

Fpáginas de FILOSOFÍA

Año V - Nº 7 - Publicación del Departamento de Filosofía - Facultad de Humanidades - Universidad Nacional del Comahue - Diciembre de 1998

Ortiz, Renato. *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*.
Universidad Nacional de Quilmes, Bernal (B.A.), 1996.

por: Fernando Sánchez
U.N.Co.

El objetivo general de este libro es analizar la relación entre globalización y cultura en las sociedades contemporáneas.

Si bien la globalización es el movimiento característico de nuestro tiempo de «modernidad radicalizada» -que Ortiz se niega a denominar 'posmoderna'- no es un fenómeno enteramente nuevo: reconoce sus antecedentes históricos en los siglos precedentes, con la consolidación del capitalismo en los países centrales y su ininterrumpida extensión al resto del mundo.

Sin embargo, dados los profundos cambios ocurridos en las últimas décadas en el campo económico, la modificación del status de los estados nacionales y las relaciones internacionales, y las nuevas formas de producción y transmisión de la cultura, gran parte de los esquemas conceptuales tradicionales de explicación de la realidad quedan desactualizados. En este sentido, Ortiz remarca la necesidad de modificar los conceptos y enfoques que las ciencias sociales acuñaron en el siglo pasado y parte del presente.

Uno de los pilares de la interpretación de Ortiz es la crítica de la concepción tradicional de la identidad cultural. En los estudios de las culturas primitivas llevados a cabo por la antropología -posteriormente extendidos a las sociedades nacionales modernas- prevaleció una caracterización del concepto de cultura en base a las nociones de integración, territorialidad y centralidad. El primer término remite a considerar una cultura como un todo integrado que alberga las distintas dimensiones de la vida social; el segundo refiere a los límites espaciales de esa cultura, que marcan fronteras -territoriales y culturales- con otras; y finalmente, cada cultura es una y la misma en cuanto mantenga un centro o núcleo resistente al cambio que garantice el mantenimiento de un universo de sentidos compartidos, y así, la identidad grupal.

Esta visión, que pinta el mundo como un mosaico de unidades estables y particulares no es sino una invención teórica y práctica, especialmente notable en el caso de las 'identidades nacionales'.

Sostiene Ortiz que algunas posturas en torno a la globalización mantienen la misma lógica de pensamiento, pretendiendo ahora que junto con el desarrollo tecnológico, comunicacional y económico a escala global estaríamos asistiendo a la conformación de una unidad cultural de escala planetaria. Al contrario, el autor afirma que si bien puede hablarse de globalización en relación a la economía y la tecnología por representar estos actualmente un lenguaje común, una cosa distinta es la esfera cultural, más caracterizada por una multitud de dialectos. Efectivamente, «la mundialización de la cultura (en la que están incluidos los aspectos materiales, simbólicos e ideológicos) participa de un universo transglósico, que

está constituido y atravesado por fuerzas diversas. El problema es entender cómo se articula esta maraña de fuerzas que solemos llamar nacionales, regionales o locales.» (56)

En cuanto a la relación entre los distintos niveles, Ortiz cuestiona dos interpretaciones: la que identifica lo local, lo nacional y lo global como unidades independientes, interactuantes y antitéticas, y la visión «sistémica» que considera lo global como un conjunto complejo que incluye a lo nacional y lo local como conjuntos más simples, aunque claramente delimitados. Para su interpretación retoma la idea de líneas de fuerza. Partiendo de lo local como el espacio de la experiencia plantea la coexistencia de tres dimensiones: la primera tiene que ver con la estricta particularidad de los espacios locales, no asimilables a otras realidades particulares ni al todo conformado por la nación; en segunda instancia, los aspectos locales son atravesados y redefinidos por la historia nacional, estableciendo ciertos referentes comunes a todas las localidades del espacio nacional; y finalmente, el proceso más reciente de mundialización de la cultura, que atraviesa los planos nacionales y locales.

Lo global -al igual que lo nacional- sólo confiere sentido a la vida de los individuos cuando se «localiza». En este sentido, la relación mundial/nacional/local no es vista como oposición ni como colonización y reemplazo de una esfera por otra, sino como «transversalidad».

Este enfoque posibilita pensar la coexistencia de los diferentes niveles, superando las visiones que profetizan una inevitable homogeneización universal de la cultura o que interpretan la vitalidad de los localismos, regionalismos o nacionalismos como una reacción a la globalización.

Por el contrario, este proceso se caracteriza simultáneamente por «...una tendencia de conjunción y de disyunción de espacios. Esto nos permite percibirla como marcada por dos direcciones, una volcada hacia lo singular, otra hacia la diversidad.» (61)

Otro elemento central en el análisis del autor, recurriendo a la metáfora geográfica en la línea de García Canclini y Augé, es la de «desterritorialización» de la cultura, fenómeno especialmente visible en las pautas de consumo y de vida de sectores sociales que atraviesan y desactualizan los límites de las naciones o las localidades. «A los mismos modos de comportamiento, diversión, desplazamiento, se corresponde un marketing global. Pedazos de estratos espaciales de consumo, distribuidos en forma desigual por el planeta, son de esta forma aproximados.»(62) No obstante, esta desterritorialización respecto del espacio físico es acompañada por una re-territorialización, cuyo referente no es ahora la dimensión geográfica sino la social.

El mercado, así como los medios masivos de comunicación, se convierten en los «mediadores simbólicos» que posibilitan el desarrollo de «identidades desterritorializadas».

Las nociones de integración, territorialidad y centralidad ya no son válidas para explicar las identidades culturales. Las naciones ya no son los lugares privilegiados de producción de sentido, y dejan de ser el referente central en la construcción identitaria. Las fronteras ya no pueden contener la multiplicidad existente en su seno, ni el establecimiento de circuitos que las traspasan ligando en un mismo universo simbólico a grupos y personas geográficamente distantes.